

# Nivel 10

Fani Álvarez

**LES**  
editorial

Primera edición en LES Editorial: abril de 2018

© de la obra: Fani Álvarez, 2018

© de esta edición: Letras Raras Ediciones, S.L.U., 2018

Imagen original de portada de Hans van den Berg  
bajo licencia Creative Commons CC0

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S.L.U.

[www.leseditorial.com](http://www.leseditorial.com)

[info@leseditorial.com](mailto:info@leseditorial.com)

ISBN: 978-84-948263-4-4

Depósito legal: MU 122-2018

IBIC: FL

Impresión: PODiPrint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Mila, Claudia y Amanda, por ver crecer  
poco a poco este proyecto. A mi familia  
y a mis amigos, por el apoyo.*



# ACTO I



# 1

6:15.

La débil luz de los números que anunciaban el momento de despertarse se hacía un hueco entre la oscuridad de la habitación y el sonido de la alarma se abrió paso hasta sus oídos. Sus ojos se abrieron poco a poco y su mano se movió de forma instintiva hacia el despertador. Al pasar la palma por encima del detector, el sonido cesó. En muchas ocasiones agradecía que los despertadores detectaran el movimiento de la mano y no hubiera que pulsar ningún botón como ocurría con los modelos antiguos —casi prehistóricos— que había visto en las clases de Historia del Mundo Antigo. Los despertadores más novedosos tenían mayor precisión y podían apagarse al detectar el movimiento del tronco al levantarse de la cama a una distancia de tres metros, y encenderse de nuevo si te volvías a tumbar. Úrsula se había planteado comprar uno, pero no quería imaginarse la tortura de tener que escuchar el sonido de la alarma cada vez que decidiera dejarse caer en los brazos de su cama.

Se quedó unos minutos tumbada, pensando en la noche anterior. Se le encogió el estómago al recordar todo lo que había pasado por su mente cuando se desveló en plena madrugada. Suspiró y sacudió la cabeza para evitar seguir dándole vueltas.

Tras levantarse, se acercó a la ventana y pulsó el panel táctil para subir la persiana. La luz invadió el cuarto e iluminó la cama y el resto de muebles. Aunque siempre le había gustado dormir con un poco de luz del exterior, desde que se mudó a ese nuevo piso del centro de Beltarih se había acostumbrado a la completa oscuridad durante la noche.

Su rutina diaria era sencilla: se duchaba, preparaba una cafetera y, mientras esperaba a que estuviera lista, se vestía y se recogía el pelo. Siempre usaba ropa cómoda para ir a los ensayos, sobre todo en los días de estreno. No era ningún tipo de superstición; sencillamente, prefería no cansar su cuerpo con ropas ajustadas antes de una actuación importante como la primera de la temporada.

Úrsula se había convertido en una promesa del teatro y esa noche se estrenaba la nueva obra donde trabajaba: un drama llamado *La justiciera de Valnara*, sobre una madre que es testigo de la muerte de su hija y decide ir en busca del asesino. Desde el anuncio del estreno de *La justiciera de Valnara*, se había creado una gran expectación entre la crítica especializada y el público en general, ya que se trataba de una obra basada en hechos reales. Úrsula recordaba haberlo visto en las noticias y haber leído sobre el espantoso suceso ocurrido en la ciudad de Valnara; los medios llamaban a la mujer la Justiciera y tan solo un par de años después, el escritor y dramaturgo Christian Turner, dio forma a la obra basándose en sus investigaciones sobre el caso. El papel llegó pronto a las manos de Úrsula y esta, aunque reticente al principio, decidió formar parte del elenco.

Mientras bebía de la taza de café, pensaba en todo lo que había sucedido desde que aceptara aquel papel; tras la representación del primer borrador de la obra para atraer a potenciales productores, la prensa se hizo eco de su gran actuación y la crítica fijó sus ojos en ella: «Úrsula Erikson, la nueva revelación del teatro» o «Úrsula Erikson, la Justiciera de la temporada». Era el gran empujón que siempre había querido para convertirse en una actriz reconocida del teatro nacional. Las reuniones con su agente le habían hecho dudar sobre lo controvertido del papel



y, por un tiempo, realmente dudó, pero al final no dejó desaprovechar esa oportunidad.

Una vez hubo dado el último trago al café, se lavó los dientes, cogió su mochila y salió de su apartamento. Al salir del edificio el aire fresco le golpeó la cara. Lo primero que pensó al notar el frescor fue en lo mucho que lo necesitaba; desde hacía unos días tenía una sensación de apatía y letargo que no se correspondía con las emociones y sentimientos que debería sentir ante un gran evento como el de aquella noche. Era como un vacío que se había creado en su estómago y que se propagaba por su pecho y ejercía presión, dificultándole la respiración. Ese vacío se había asentado dentro de ella sin saber el motivo, sin avisar, y eso la intranquilizaba.

Cuando llegó a la calle Lirio Azul, subió al octavo piso de un edificio de color gris azulado y se dirigió a la única puerta que había en el pasillo. Metió el dedo índice derecho en el *cell reader* y esperó a que un piloto verde se encendiera y a que su foto y la hora apareciesen en la pequeña pantalla situada encima de la ranura. Dentro estaban varios compañeros de reparto; algunos de ellos hacían estiramientos y otros se dedicaban a hacer ejercicios de calentamiento vocal. La proyección e impostación de la voz en el teatro era una de las herramientas más importantes de cualquier actor o actriz de prestigio. Durante la carrera siempre había cursos y asignaturas relacionadas con técnica vocal específica para teatro y oratoria. Úrsula recordaba uno de los cursos a los que asistió durante sus estudios en la universidad, Relajación y Calentamiento del Aparato Fonador, donde el ponente era un excéntrico tarakés que les hacía colocarse en posiciones inverosímiles, ya que, según él, «en la vida real no vais a estar siempre sentados como niños buenos». Desde luego que, a la hora de la verdad, les vino bien el sobreesfuerzo.

A los pocos minutos de llegar Úrsula, un hombre de casi cuarenta años, pelo y ojos marrones, que sostenía un vaso de café de Southern Taste, entró y saludó a los que habían llegado. Era Christian Turner, el director y jefe de Úrsula, un hombre

de trato fácil y muy centrado en su trabajo. Le gustaba trabajar con él porque, aunque era bastante perfeccionista y se tomaba sus producciones muy en serio, era una persona muy serena y en ningún momento trataba mal a sus actores. Solo recordaba un ensayo en el que le hubiera visto alterado y enfadado, pero luego supo que había estado sometido a una gran presión y estrés. Christian se acercó a ella después de dejar su mochila al lado de una mesa y activar un panel incrustado en la pared.

—De hoy no pasa que la escena 7 salga perfecta —dijo con un tono apacible y dando a entender que confiaba en ella para que así fuera.

—Hoy estoy en humor Justiciera —aseguró Úrsula mientras colocaba su mochila en el suelo, pegada a la pared.

Christian la miró preocupado. Otro de los motivos por los que le gustaba trabajar con él era que sabía que solo le bastaba mirarla para saber que algo no iba bien; sin embargo, no le presionaba con preguntas y siempre la escuchaba si ella acudía a él. Respetaba su privacidad y, en su situación, era algo que agradecía muchísimo.

Comenzaron el ensayo de la obra completa. Todos los actores se sabían sus escenas y las de sus compañeros de memoria. Christian enfatizaba la importancia de conocer las intervenciones de las otras partes para un mayor entendimiento de la obra y de las motivaciones de los propios personajes y, entre el elenco de *La Justiciera de Valnara*, esta técnica funcionaba a la perfección.

El estreno era a las seis y media de la tarde y los nervios propios de tal acontecimiento se palpaban en el ambiente: las escenas salían a la perfección fruto de la presión, del esfuerzo y de los continuos ensayos; los compañeros de Úrsula comentaban alegres las actuaciones de los otros y, en general, se notaba un ambiente de ilusión por que llegara el gran momento. Ese sentir común se acentuaba conforme se acercaba la hora de colocarse los trajes de proyección y después Christian les dedicaba unas palabras antes de que se situasen en sus puestos, detrás de la cortina roja que los separaba del público.

Su torrente sanguíneo siempre se llenaba de adrenalina antes de salir al escenario. A pesar de tener experiencia frente al público, esa corriente le recorría todo el cuerpo, agudizaba sus sentidos y ponía sus emociones a flor de piel; quizá por eso sus actuaciones eran lo suficientemente convincentes como para ganarse la simpatía de la crítica. Antes de la señal que indicaba su entrada, se ajustó el traje de proyección virtual y empezó a activar los discos proyectores; una vez que hubo terminado y, tras la señal de su compañero, entró por primera vez a escena.

Desde el escenario se apreciaban los pilotos encendidos de los espectadores: miles de luces rojas que indicaban que las gafas de recepción virtual estaban en funcionamiento. Ver todos esos puntos rojos en la oscuridad del teatro le imponía y excitaba a partes iguales.

El número de localidades ocupadas era uno de los indicadores utilizados en el cálculo de la valoración de la obra; también se registraba la respuesta fisiológica de alta precisión o HAFR mediante los sensores galvánicos situados en los reposabrazos de los asientos, así como con los sensores acuosos instalados en las gafas de recepción virtual, que se activaban con las lágrimas y reacciones fisiológicas oculares del espectador. Tras varios prototipos de sensores de HAFR se consiguió un modelo que podía discriminar un amplio abanico de emociones y su intensidad según la escala de niveles reglamentaria y el periodo temporal en el que se producían.

Una vez registrada la HAFR de cada espectador, se promediaba y se ponderaba según el porcentaje establecido por el Departamento Gubernamental de Fomento de la Cultura y las Artes. Otro de los indicadores utilizados en el cálculo de la valoración era el HAFR de los críticos, cuyo porcentaje de importancia era relativamente mayor en comparación con el del público en general. El nivel de Interpretación Dramática de los actores también se computaba: mayor nivel promedio del elenco, mayor puntuación. Úrsula había subido al nivel 7 de Interpretación Dramática tras la representación del borrador de la obra y, gracias a que sus compañeros de reparto también contaban con niveles

altos, sabía que ese aspecto de la valoración junto con una sala llena de espectadores les favorecería. Por supuesto, todos estos factores se influían unos a otros: una alta puntuación media de HAFR durante la aparición en escena de un actor o actriz favorecería que su nivel de Interpretación Dramática aumentara, lo cual incrementaba a su vez la media del elenco y, por tanto, la valoración de la obra.

Al terminar el último acto, los pilotos de las gafas de recepción virtual se fueron apagando poco a poco y los espectadores podían ver a los actores saludando en sus trajes de proyección y recibiendo las ovaciones del público. Para las personas que acudían por primera vez al teatro resultaba desconcertante el cambio brusco de ver el escenario y a los actores a través de las gafas y verlos con sus propios ojos. Las gafas de recepción virtual recibían las ondas emitidas por los discos proyectores de los trajes y las transformaban en imágenes virtuales del escenario y del vestuario de los actores. Las primeras clases de interpretación en cualquier escuela dramática se dedicaban a enseñar el uso de los trajes y la activación de los discos. Aunque pareciese una tarea sencilla, la activación de los discos requería sincronización y planificación: había que activar el programa correspondiente a cada escena, que incluía el vestuario y la iluminación, además de hacerlo en el tiempo justo antes de la señal de entrada, ya que adelantarse podía producir interferencias y distorsionar la recepción virtual, y retrasarse podría suponer que los espectadores visualizaran el programa de la escena anterior o ningún programa en absoluto.

Una vez en su camerino, Úrsula empezó a desconectar los discos y a guardarlos en su caja. Cuando hubo acabado, colgó el traje en su percha reglamentaria y se cambió de ropa. Llamaron a su puerta y, extrañada, se colocó la camiseta antes de abrir.

—¡Hola! —Una chica pelirroja y bajita asomó por detrás de la puerta.

—¡Teresa! —exclamó al ver a su antigua compañera de habitación—. ¡Pudiste venir!

—Sí, he conseguido hacer un hueco —contestó mientras le daba un abrazo—. No podía perderme tu gran noche.

Úrsula sonrió y se dejó caer en su sofá, seguida por su amiga.

—¿Me has echado de menos? —preguntó Teresa, dándole un golpecito en la pierna.

—Claro, ya no tengo a nadie que me despierte antes de mi hora con su rutina de ejercicios de aeróbic.

—Muy graciosa. —Teresa la golpeó más fuerte esta vez.

—Vamos ahora a tomar algo para celebrar el estreno, ¿te vienes? Estaremos un rato, luego podemos ir a otro sitio.

—¿Voy a codearme con los actores? Cuenta conmigo —respondió Teresa entre risas.

A la salida, los compañeros de Úrsula la esperaban junto a Christian para dirigirse a un bar cercano al Teatro Nacional. Ella les presentó a su amiga Teresa, que rápidamente se integró y empezó a conversar con el resto de actores. Pidieron las bebidas y algo para picar entre todos. Aún faltaba por lo menos una hora para que saliesen las primeras críticas oficiales de la obra, por lo que ella y sus compañeros todavía no sabían si había sido un éxito de verdad o no. Podían guiarse por la reacción del público, pero siempre era mejor esperar a que saliesen los índices calculados por los expertos para saber si la valoración era favorable. Guiándose por las críticas de las primeras representaciones que hicieron para ganar productores y darse a conocer, Christian les dio esperanzas de que la obra obtendría un alto nivel de valoración.

Úrsula se sentía contenta de poder ser parte de todo aquello; desde pequeña siempre le había gustado actuar en las obras de teatro del colegio, pero fue durante su adolescencia cuando empezó a darse cuenta de que aquello era más que una afición. El camino hasta donde estaba ahora había sido largo y duro, pero no lo cambiaba por nada. La subida de adrenalina que experimentaba cuando se subía al escenario, aunque solo fuera para ensayar, era algo que nunca había experimentado antes

de ninguna otra forma. El momento después de la caída del telón era otro de sus favoritos: el pulso acelerado, la respiración entrecortada tras las palabras finales que todavía resuenan en la cabeza una vez que el público desaparece tras el telón, los aplausos y la posterior llamada a escena la llenaban siempre de una excitación que no sabía explicar.

Tras acabar la segunda ronda de bebidas, muchos de los actores y actrices empezaron a marcharse, así que Úrsula y Teresa los imitaron y se despidieron de los que iban quedando, incluido Christian.

—Nos vemos mañana. —Abrazó a Christian y le dio un beso en la mejilla. Teresa se despidió de los compañeros de su amiga.

Ambas se dirigieron a otro bar de copas que se encontraba en un barrio cercano y que Teresa conocía y frecuentaba. Esta saludó al camarero al entrar e hicieron su pedido; para ella, un cóctel de vodka y zumo de kiwi y piña llamado Pradera y Luz, mientras que Úrsula optó por una Sangre de Rey, mezcla de zumos de frutos del bosque, vodka y ron blanco. Tras coger sus copas, se sentaron en una mesa con sillones de color burdeos que, iluminados por la luz tenue de la lámpara que pendía sobre sus cabezas, las envolvía en una atmósfera acogedora y privada.

Teresa escribió el nombre de la obra en su Wrister y buscó las críticas más recientes. Úrsula ya se había fijado en el ordenador de pulsera que llevaba su amiga: los Wristers se estaban empezando a comercializar y ya se habían convertido en uno de los productos más vendidos de los últimos meses. Eran más grandes que los relojes de pulsera y tenían doble pantalla: la externa, donde se podía ver la fecha y la hora, y la interna, que se descubría al girar la pantalla externa. Disponía también de un lápiz para escribir que se podía configurar para reconocer la propia caligrafía.

—Vaya, debe de haberte costado un dineral.

—Sí, pero merece la pena —contestó Teresa mientras seleccionaba una de las páginas que había encontrado—. Es mucho más cómodo y manejable que los ordenadores corrientes. ¡Aquí está! —exclamó y empezó a leer la crítica de *La Justiciera*

de Valnara—: Es del *Beltarih News*: «Sensacional estreno de *La Justiciera de Valnara* en el Nuevo Teatro Nacional. La obra de Christian Turner, cuyo primer pase se ha producido hace apenas una hora, ha tenido una gran acogida entre los espectadores y los críticos especializados, despertando una gran variedad de emociones que ha elevado el HAFR hasta el nivel 8, convirtiéndose así en uno de los estrenos más exitosos de la temporada».

—Teresa hizo una pausa para mirar a su amiga, la cual estaba sonriendo tímidamente y con un halo de orgullo en la mirada—. «Sin duda alguna, la desgarradora actuación de Úrsula Erikson ha hechizado a un público entregado que no ha dejado de sentir y experimentar un amplio abanico de sensaciones cada vez que salía a escena. No sería extraño que el nivel de credibilidad de Erikson aumentara gracias a este papel y su carrera se catapultara internacionalmente». —Úrsula rio—. La crítica te adora.

—Se me hace tan raro escuchar esas cosas sobre mí —admitió la actriz—. Sigue.

—«Y no hay que olvidar a sus compañeros de reparto que, con una química especial, respaldaron la actuación de Úrsula y brillaron también con luz propia. Una obra altamente recomendable para cualquier amante del teatro».

—¿Qué valoración ha obtenido? —preguntó Úrsula, sin retirar la mirada ilusionada del *Wrister*.

Teresa deslizó la pantalla con el lápiz hasta llegar al final del artículo.

—¡Nivel 8! —Teresa ahogó un grito de emoción.

La boca de Úrsula se abrió movida por el asombro; tenía confianza en sí misma y en el proyecto, pero nunca se habría esperado un nivel 8 de valoración. Era una sensación extraña la de ser alabada de forma tan vehemente por los críticos especializados en teatro, y más si tenía en cuenta que se trataba del *Beltarih News*, uno de los periódicos más importantes y que gozaba de mayor nivel de credibilidad de la ciudad y del país.

Úrsula y Teresa seguían leyendo entusiasmadas las críticas recientes y bebiendo de sus copas cuando un chico alto y moreno se acercó a ellas. Vestía con camisa negra y pantalones

vaqueros y llevaba un botellín de cerveza en la mano. Andaba con paso decidido y seguro de sí mismo y, al llegar a la mesa de las dos amigas, se inclinó para hablar con Teresa.

—Hola, chicas.

—Hola —respondieron casi al unísono.

Teresa giró la cabeza hacia arriba para mirarle. Su barbi-lla un poco prominente se apreciaba más de perfil y sus ojos profundos se fijaron con detenimiento en el rostro del chico: mandíbula marcada, barba de tres días, nariz discreta, ojos marrones. Era atractivo, de su tipo. Pero, al fijarse mejor en sus facciones, se dio cuenta de que tenía una marca del tamaño de un lunar en el párpado inferior de su ojo izquierdo y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Úrsula también se había dado cuenta de la marca y devolvió la mirada a su amiga para observar su reacción. La conocía desde hacía tres años y sabía que, como el resto de la sociedad, reaccionaría de esa manera: rechazaría al chico como si estuviera infectado por un virus.

—Lo siento. —Se podía notar un discreto titubeo en la voz de Teresa—. No queremos estar con nadie.

Úrsula observaba atentamente la escena que se estaba llevando a cabo delante de ella. Sabía que, aunque Teresa era una buena amiga, no podía confiarle su forma de pensar ni sus ideas; le resultarían demasiado liberales y las consideraría como «peligrosas y una amenaza» para el orden y la paz. Para ella, sin embargo, el pensamiento extendido en la sociedad actual le resultaba enfermizo, opresor e incoherentemente arcaico. Si le contara a alguien cuál era su opinión del mundo, estaba segura de que ese alguien acabaría denunciándola por peligro potencial para el orden público. De hecho, no confiaba apenas en nadie: su vida era un misterio para la mayoría de sus conocidos, y sus amigos más cercanos tenían la sensación de que no llegaban a conocerla del todo, pero lo achacaban a una personalidad tímida y hermética.

Las facciones del chico cambiaron de forma sutil y se endu-rieron, presas del desconcierto y la vergüenza. Él era cons-



ciente de que, tras haberse fijado en su marca, el rechazo sería inminente. La marca, el lunar artificial que estigmatizaba a los portadores del temido C-BeCon.

El C-BeCon era un dispositivo penal que sustituía a las antiguas cárceles de épocas pasadas. Se implantaba mediante cirugía en el cerebro de la persona que hubiese cometido un crimen y se configuraba de acuerdo con el nivel de su condena. Ese dispositivo registraba los estímulos de cualquier modalidad perceptiva que recibía el cebeconeado, y aquellos que resultaran posibles desencadenantes de un acto delictivo, según la configuración del C-BeCon, provocaban una descarga de dolor en todo el cuerpo, de forma que ese estímulo quedase condicionado aversivamente y la conducta delictiva pudiese ser erradicada a medio y largo plazo. Para distinguir a los cebeconeados, los cirujanos grababan un punto, del tamaño de un lunar, en el párpado inferior del ojo izquierdo. No solo se trataba de una marca de tinta similar a un tatuaje, sino que contenía una «célula de identificación» —un cultivo celular a modo de chip biológico— como la que todas las personas tenían en el dedo índice derecho y que además incluía los cargos y el tipo de condena.

Para Úrsula, el C-BeCon era un buen método para criminales peligrosos y delitos graves y aberrantes; el problema surgía de lo que era considerado delito en la sociedad actual. No solo matar o robar, sino que otras conductas que ella consideraba «normales» o «no delictivas» eran motivo de denuncia. Había leído en libros de Historia del Mundo Antiguo que «en la antigüedad, la conducta homosexual no era penalizada por la Ley; asimismo, la conducta psíquica aberrante era llamada “trastorno mental” o “trastorno psicológico”». Por lo que recordaba de clase, las personas afectadas solo recibían un tratamiento paliativo en calidad de enfermos a los que se les permitía la libre acción; su conducta nunca era erradicada como la de otros criminales. Se preguntaba por qué, en esta época y en este contexto sociocultural, ella era comparada con un asesino o un violador por algo que ni siquiera había podido elegir. Cada vez que se paraba a pensar en ese tema, una ola de rabia e impotencia inundaba su

cuerpo y le oprimía el pecho. Ese era otro de los motivos por los que debía ser cauta con el resto de personas; su regla era nunca levantar sospechas y seguirle la corriente a la gente cuando la ocasión requería discreción.

Úrsula miró al chico y torció la boca en señal de disculpa y, una vez se hubo ido, dirigió de nuevo la atención a su amiga.

—Quizás era solo un lunar —sugirió para quitarle hierro al asunto. Sus ojos marrones y tristes la miraron con abatimiento.

Teresa arqueó una de sus cejas y rio, como si Úrsula hubiese contado un chiste demasiado malo.

—La ciencia ha avanzado lo suficiente como para que las personas no tengan lunares debajo del ojo.

«Por desgracia tiene razón», pensó Úrsula. Por mucho que quisiera excusar al desconocido, no había otro motivo por el que una persona tuviera una mancha en forma de lunar debajo del párpado. Sintió asco por un momento, pero su instinto de supervivencia le advertía que debía borrar toda expresión de su cara que pudiera delatarla y hacer como si hubiese dicho una tontería.

—Sigo creyendo que no es suficiente —comentó Teresa.

—¿El qué? ¿El C-BeCon?

—Sí, el DJB tiene mucha confianza en él, pero descuidan otras medidas de seguridad.

Úrsula frunció el ceño, sin saber muy bien a dónde quería ir a parar su amiga.

—Y luego tenemos que convivir con los cebeconeados como si fueran uno más —continuó Teresa. Úrsula tragó saliva con dificultad e intentó mantener el semblante serio—. No sé tú, pero yo no estoy cómoda sabiendo que pueden ir a sus anchas por ahí.

—Bueno —se aclaró la garganta—, si el DJB considera que es suficiente, será por algo...

Teresa se encogió de hombros y continuó leyendo críticas de la obra. No obstante, aquel incidente había enturbiado el ambiente, al menos para Úrsula. Su ánimo iba decayendo y esa desesperación y ese vacío que a veces la atosigaban volvieron a hacerse presentes en aquel momento.

No tardaron mucho en salir del bar; aunque Teresa no lo reconociera, se encontraba bastante incómoda sabiendo que había un cebeconeado en el local, probablemente observándolas. Al salir, caminaron juntas hasta la estación de metro más cercana. Las calles estaban iluminadas por las luces de Año Nuevo, que el ayuntamiento todavía no había retirado y daban un toque más alegre a la ciudad. Tras dejar atrás varias manzanas, Teresa ahogó un grito de emoción al recordar algo:

—¡No te lo he dicho! ¡Me han ofrecido un trabajo en el teatro de Langhanód!

Úrsula abrió la boca y dejó salir una risa de sorpresa.

—¡Guau! ¡Es fantástico! —La abrazó casi de forma automática. Aunque tuvieran sus diferencias ideológicas, siempre se alegraba de las buenas noticias de Teresa—. ¿Cuándo empiezas?

—El mes que viene. El borrador de la obra ya está terminado. De hecho, el trabajo final está casi listo, solo necesitan preparar la parte de vestuario y escenografía.

Teresa se había graduado en Ingeniería Escenográfica el año anterior y llevaba tiempo sin tener suerte con los trabajos que encontraba: casi nunca estaban relacionados con el teatro y, además, pagaban demasiado poco para una chica acostumbrada a una vida de clase media-alta. Conoció a Úrsula al cambiar de compañera de habitación en el campus de la Universidad Beltarihense de Artes Escénicas y Dramáticas. El año en que se conocieron era el último de Úrsula en Interpretación y Drama y a Teresa le quedaban todavía dos años para finalizar su ingeniería. Los ingenieros escenográficos se encargaban de diseñar los escenarios de cualquier obra de teatro o película. Conocían a la perfección el funcionamiento de los discos proyectores y receptores, eran expertos en su configuración y mantenimiento y solían trabajar junto a los ingenieros de vestuario para programarlos.

—¿Has encontrado un lugar donde quedarte? —preguntó Úrsula.

—Sí, me mudo dentro de una semana, así que ya he mandado algunas cosas para Langhanód.

—¡Una semana! —Úrsula abrió la boca sorprendida. Teresa rio ante la expresión de su amiga y levantó las manos para tranquilizarla.

—Ha sido todo muy rápido, lo sé. Pero este sábado quería celebrar una pequeña despedida en mi casa.

—Claro, llámame para acordar una hora.

Llegaron al fin a la parada de metro y tras entrar se despidieron con un abrazo. La diferencia de altura les hacía encajar casi a la perfección, aunque a Úrsula le resultase a veces algo incómodo. Quizá fuera una incomodidad física, pero ella sabía que iba más allá de eso; a veces le resultaba irónico que la que consideraba su mejor amiga en Beltariñ no supiera ni la mitad de lo que sucedía en su mente. Se veía incapaz de abrirse más y ser más honesta con Teresa, así que no se extrañaba cuando un abrazo suyo apenas conseguía calarle, sino que le hacía ser más consciente de la distancia que había entre ellas.

Cuando se separaron, vio cómo Teresa se marchaba por el pasillo que conducía a su línea de metro. Una sensación extraña se apoderó de ella al encontrarse sola otra vez. Como si ese pequeño gesto predijera de algún modo su futuro. O, más bien, como si definiera su vida: una amistad o una relación interpersonal, de cualquier tipo y con cualquier persona, que acababa cuando seguían caminos diferentes y la dejaba de nuevo sola. No importaba cuál fuera el motivo de ese distanciamiento, siempre se quedaba con esa sensación de vacío que tanto la envenenaba. Desde que se levantó por la mañana hasta ese momento no había querido recordar —o quizás admitir— la epifanía que había experimentado la noche anterior. Se había despertado de madrugada y, como una bofetada en la cara, le había llegado, sin avisar y de improviso, la certeza de que acabaría sola. Entonces un dolor agudo creció en su interior; como un agujero que había surgido de la nada y al ir creciendo iba absorbiendo sus entrañas poco a poco.

Se subió en el vagón sumida en el vago recuerdo de la madrugada anterior y, casi sin darse cuenta, ya estaba saliendo de la boca del metro para dirigirse a la soledad de su casa.